

to; no sabe lo que ha visto; pero él ha visto algo, y su sueño se turba. Se cumplió en él lo que anunció un profeta. *Vendrá un día conocido de Dios, no es el día ni la noche.* ¿Pues qué es? ¿No sería este resplandor incierto, que fluctúa y vaga por una inteligencia enflaquecida; ¿no sería este estado penoso de duda, en que observamos caer al impío? Pero no deberá ser de larga duración; *un día*, dice el profeta, *y hacia la tarde habrá ya luz*. Luz espantosa y llena de horror, que se levanta al borde del sepulcro, para alumbrar y hacer ver perpetuamente una eternidad de tormentos.

Et erit dies una, quæ nota est Domino, non dies nequæ nox, et in tempore vesperæ erit lux. ZACCH., XIV, 7.

CAPITULO XI.

LA SANTIDAD ES UN CARACTER DEL CRISTIANISMO.

Bien contra nuestra voluntad nos asalta un pensamiento afflictivo y un sentimiento el mas amargo, al tratar una materia, que incluye tantas y tan graves cuestiones. ¿Dónde estamos? ¿En qué país? ¿En qué nación? ¿A quién se di-

rigen nuestras palabras? ¿Y por qué se debe siempre probar el Cristianismo á los cristianos? ¿De dónde viene este espíritu de duda, de disputa y de ingratitud? ¿De dónde procede el desgraciado valor de luchar contra Dios? ¿Y qué gloria puede resultar de substraerse á sus beneficios? ¡Hombres tan desdichados como insensatos! ¿No os cansaréis de combatir la verdad que se os presenta? ¿Dónde hallaréis sino en ella la paz, el dulce placer del alma y la felicidad apetecida por todo ser viviente? Decid, ¿no quereis ser felices? ¿Es para vosotros la felicidad un suplicio, al momento en que os la proponen como un deber?

¡Ah! impelidos por nuestras ciegas pasiones, no sabemos conocer ni lo verdadero ni lo falso, ni el bien ni el mal. Engañados por todos los errores, seducidos por todas las preocupaciones, reunimos con ansia desmedida al rededor de nosotros, males sin cuenta, que no se nos habian destinado; y rodeados de este cortejo funesto, caminamos orgullosos hácia un porvenir mucho mas funesto. Porque, ¿qué puede esperar quien no pensase estarle algo prometido, puesto que eree no le han mandado nada? Vos sois vuestro

único señor, muy bien; vos seréis vuestro propio remunerador, y buscad, en lo que hay en vos, esta verdad inmensa, este bien infinito, cuya necesidad siempre conocida, nunca satisfecha, es el tormento eterno de vuestro corazón.

¿No comprenderá pues el hombre, que al punto de existir debe convencerse, de que hay una ley de su existencia, y un legislador, que ha establecido y promulgado esta misma ley? Ley verdadera *de vida* que no puede el quebrantar sin ofender su propia naturaleza, y sin condenarse á muerte; lo mismo que no puede conocerla sino por el testimonio ú la autoridad, perpetuamente una, y universal, que la proclama. ¿Qué es su flaca razon, comparada con esta eminente razon? O mas bien, ¿qué otra cosa es ella sino una participacion de esta razon suprema, que se comunica á los que la oyen y obedecen? Lo que ella enseña, lo que ordena, esto es la religion. Hemos visto que el genero humano, subsistente solo por ella, atestigua que ella es, existió siempre, y siempre la misma. Igualmente atestigua su santidad; y lo que nos queda por mostrar, es que este carácter indeleble de santidad pertenece

claramente al Cristianismo. Y como en todos tiempos ha debido tenerle, por haber sido en todos tiempos la sola religion verdadera, es necesario acordarse que subiendo al origen del mundo, se desenvolvía progresivamente, como estaba pronosticado, sin dejar nunca de ser uno; y que por esto se le debe considerar en su totalidad, y comprender con una sola mirada los estados diferentes en que ha subsistido desde el principio del mundo hasta nuestros días, para comprender bien, y reconocer claramente los caracteres que le son propios, y especialmente su santidad.

Su duracion presenta tres principales épocas, y parecidas en mucho á las edades de la vida humana. La primera revelacion contenia el germen de las que debian suceder, como las primeras verdades que la palabra revela al niño incluyen todas las verdades que conocerá despues. La revelacion mosáica confirma la revelacion primordial, poniendo una barrera nueva á los desarreglos de la edad de las pasiones, y dispone los pueblos para la última revelacion. Esta cumple lo que prometian las otras dos; y San Pablo mismo

la llama *edad del hombre perfecto*, á la que, dice, *debemos todos apresurarnos por llegar en la unidad de la fe, y del conocimiento del hijo de Dios, hasta la medida de la plenitud de la edad de Cristo, para que ya no seamos párvulos fluctuantes*.

Estas tres revelaciones no forman tres religiones diferentes, sino una misma religion, mas perfecta, segun que se va explicando mas por menor, al modo que la razon del hombre no es una razon distinta de la del niño, y si, una razon mas ilustrada, mas desenvuelta y por lo mismo mas perfecta; y, si se quiere llevar mas adelante la comparacion, se verá tienen los deberes del hombre mas extension, atendidas sus luces, que los del niño; aunque sean en substancia los mismos é invariables.

Asi es como el hombre siempre es uno, siempre idénticamente el mismo hombre, á pesar de

Occurramus omnes in unitatem fidei, et agnitionis filii Dei, in virum perfectum, in mensuram ætatis plenitudinis Christi: ut jam non simus parvuli fluctuantes. Ep. ad Ephes., IV, 13, 14.

que se vaya desenvolviendo, ó mas bien en virtud de irse desenvolviendo sus facultades, para llegar á la perfeccion correspondiente á su naturaleza; y así también es como la religion, siempre es una, siempre idénticamente la misma religion, á pesar de que se vaya desenvolviendo, ó mas bien en virtud de que, por irse desenvolviendo, llegue á tocar su perfeccion, viniendo á ser la expresion perfecta de las relaciones existentes entre Dios y el hombre.

La unidad del Cristianismo es, como ya lo hemos probado, un hecho perpetuo; puesto no es posible añadir ni quitarle nada, sin trastornar enteramente la religion primitiva.

Nótese además que por ello queda probada la verdad del Cristianismo de un modo incontestable, y que no necesitaríamos en rigor las otras pruebas que presentaremos dentro de poco. Porque esto merece la mayor atencion, visto que si se desecha la autoridad del género humano, y no se la quiere admitir como regla de las creencias, se cae sin remedio en el mas completo escepticismo ó en la ruina total de la razon.

El género humano afirma la existencia de una

verdadera religion. Atestigua, del mismo modo, que esta religion es una, universal y perpetua.

La única religion que sea una, universal y perpetua es el Cristianismo. Lo hemos probado, y desafiamos á que alguno destruya á la reunion de las pruebas que habemos dado.

Luego el Cristianismo es la verdadera religion.

Obsérvese, además, que, aunque se creyera poder mostrar, lo que nunca se hará, faltaba al Cristianismo alguno de los caracteres ya dichos, si no se mostraba también, y aun no se tratara de hacerlo, hay otra religion que reuna mas positivamente los mismos, no se llegaria sin embargo, mas que á una consecuencia absurda: que no hay ninguna verdadera religion.

Esta consecuencia seria absurda, porque resultaria se engañaba el género humano, atestiguando haber una religion verdadera, que por consecuencia de nada se puede tener seguridad por su testimonio; y que no habiendo regla cierta de juicio, debemos dudar de todo sin excepcion: último periodo de la locura, donde á ningún hombre es dable llegar.

Pero para ceñirnos al objeto principal de este capítulo; es creencia unánime de los pueblos, que la religion primitiva reconoce á Dios por su autor: con que la religion primitiva y el Cristianismo son idénticamente la misma religion; y el Cristianismo, que procede de Dios, es santo, como el mismo Dios.

Basta esto para que una razon recta, crea sin vacilar; y en tanto que el orgullo, desconfiado y curioso, pregunta al Ser supremo como sus obras son dignas de él, la fe repite con fervor. *¡ Todo lo hizo bien !* Y no piensa que su verdad, su bondad, su justicia, deban, para hacerse reconocer, sujetarse al juicio, y recibir la sancion atrevida de alguna de sus criaturas.

No es porque tema la religion por él revelada la mirada del hombre, ni porque se niegue al exámen que de ella pudiere hacer la razon. No le somete su autoridad divina; pero bien segura de sí misma, le dice: Yo no necesito tinieblas; he venido á disiparlas. Heme aquí; no le tengo

¹ *Bené omnia fecit.* (MARC., VII, 57.) — *Sanctus in omnibus operibus suis.* Ps. CXLIV, 15.

miedo á tu ojo que yo mismo abrí, ni á la luz, pues que de mi la recibe.

Para formar una cabal idea de la santidad del Cristianismo, es necesario elevarse desde luego hasta Dios, y comprender que solo él es santo por su naturaleza misma. La santidad es su ser mismo, porque él es la verdad y el orden esencial.

Se infiere de aquí, que la santidad del hombre es la conformidad de sus pensamientos ó de sus creencias con los pensamientos de Dios, ó con las verdades eternas; y la conformidad de su voluntad y acciones con la voluntad y acciones de Dios, que son el orden inmutable.

Pero el hombre por sí mismo no conoce, ni los pensamientos, ni la voluntad de Dios, á menos de no revelárselo él mismo; y con efecto, los pueblos todos atestiguan la existencia de esta revelacion.

Tan cierto como es que existe, y que Dios es el autor de esta revelacion, lo es tambien, que

¹ *Sanctus sum ego Dominus.* (Levit., XX, 26.) — *Non est sanctus, ut est Dominus.* 1. Reg., II, 2.

ella es santa. ¿Pero en qué consiste esta santidad? ¿Qué idea se debe formar de ella? Lo que se acaba de decir lo significa bastante.

Es una doctrina santa, si es la expresion de las verdades divinas.

Es una ley santa, si es la expresion de la voluntad de Dios.

Todo lo que es un medio de union entre Dios y el hombre, es decir, todo lo que sirve al hombre para ponerle cerca de Dios, y á que se le asemeje cuanto á sus pensamientos, voluntad y acciones, sin duda es santo; y por esto mismo ciertas ceremonias del culto, indiferentes en si mismas, son santas, tanto por el carácter de tales, que les imprime la autoridad santa que las ordena, cuanto por su objeto, que es la gloria de Dios y la santificacion del hombre.

No pensamos que nadie se oponga contra estas máximas, tomadas en un sentido general. Suponiéndolas reconocidas, pasamos á probar que el Cristianismo es santo en sus dogmas, en su moral, en su culto.

¹ Sancti estote, quia ego sanctus sum. Levit., XI. 44.

Debe observarse desde luego que si se desechara enteramente la doctrina cristiana, y con ella tambien toda idea de Dios, y de las relaciones existentes entre él y nosotros, se destruiria toda religion, toda verdad, toda santidad. Conviene tambien advertir que cuando alguno se aparta de esta doctrina, es siempre por medio de negacion. Nadie añadió jamas algun dogma positivo al símbolo *católico*, ó universal de los cristianos; nadie les dijo nunca, os falta alguna cosa; nadie pensó haber descubierto en materia de religion, una verdad no enseñada por la religion católica. Luego ella contiene todas las verdades reveladas, sean las que fueren, ó todo lo que hay de *santo* en las creencias de los hombres.

¿Pero no habrá alterado estas verdades santas, mezclando falsos dogmas? Ella impone obligacion de creer todo lo que debe creerse, ó todo lo verdadero y necesario para la santificacion del hombre. No hay duda en esto: pero ¿no manda creer mas? En otros términos: ¿Es una la fe que ella exige y la doctrina que manda admitir, ó forma un todo, cuyas partes están de tal modo enlazadas, que nada se pueda quitar, sin

destruirla? Ella misma lo asegura: véamoslo.

A menos que no se quiera decir, que yerra todo el género humano, ó lo que es lo mismo sin renunciar de toda verdad y de toda certeza, es preciso convenir en que, entre los dogmas de la religión católica, los que han sido creídos universalmente son santos y verdaderos. ¿Quién se atreverá, teniendo al frente todos los siglos y todas las naciones, á negarlos? ¿Quién osaría ni aun ponerlos en duda? No se deja escuchar al momento el clamor que dice; Impiedad!; blasfemia! El mundo entero se commueve y se horroriza, tan luego como se desquician estas bases antiguas de la fe y la virtud.

Esta fe antigua incluye y supone ya todos los puntos de la fe cristiana. El hombre cayó de su inocencia; nace eriminal por el pecado hereditario que debe expiarse: no hay creencia mas universal. ¿Dónde se hallará esta expiacion necesaria, no siendo en el Cristianismo? ¿No confesaban los antiguos la ineficacia de sus sacrificios? Cor-

Unus Dominus, una fides. Ep. ad Ephes., IV, 5.

ria la sangre á torrentes y aun, ¡qué horror! corría tambien la sangre humana; pero ¿han dicho ellos alguna vez ni pensaron en decir que la sangre que ellos vertian, era suficiente para salvar á todos los hombres? Y sin embargo, en todas partes habia esperanza de la salvacion, fundada en una expiacion, que no se hallaba en parte alguna. Era pues necesario, que tuviese ella su cumplimiento, ó la fe perpetua del género humano hubiera sido nada mas que una ilusion. Cumplióse realmente, el Cristianismo nos lo enseña, y confirma de este modo la verdad de la doctrina antigua, como confirma y prueba la doctrina antigua la verdad de la doctrina cristiana, de quien es el fundamento. Y ¡qué hay de mas santo en sí mismo, á no ser una doctrina, donde se anuncia al hombre estar borrado su crimen; que, vuelto á la gracia de su Autor, se ve llamado á un estado santo, por una alianza nueva con Dios, principio de toda santidad!

Creia el género humano además por una invariable tradicion, que un Enviado celeste, hombre y Dios, vendria á salvar al mundo. Este Re-

dentor prometido era la expectacion de todas las naciones. *El nos salvará, decia Platon, instruyéndonos en la verdadera doctrina. — Pastor, príncipe, doctor universal, y verdad suma, tendrá todo poder en el cielo y en la tierra,* decia Confucio. ¿Quién es este Salvador? Es muy necesario mostrarle, ó sostener que el género humano ha estado sumergido en el error por espacio de cuatro mil años. Los pueblos todos, (excepto los judíos que cada dia conciben nuevas esperanzas, que pierden al siguiente) no hay uno solo, que todavía espere á este divino Libertador. Si no se ha dejado ver, vuelvo pues á repetir, la fe de los tiempos antiguos fué una fe falaz. ¿Lo creeréis? ¿Lo diréis? ¿Os atreveréis á derrocar por las bases la religion y la razon humana con una sola palabra? Os arredrais á vista de una consecuencia tan forzosa. ¡Muy bien! Decidnos, pues, ¿dónde, cuándo, en qué nacion, en qué siglo ha venido *El que debia venir*? ¿Quién es él? ¿Cómo se llama? ¿Cristianos, vosotros lo sabeis! Y ningun otro nombre se opuso á este grande nombre. Buscad, preguntad: Todos callan excepto en el Cristianismo. ¿Quién otro, sino el

Cristo ha dicho: *Heme aquí, vengo*? ¿De quién otro se ha dicho esto: *He aquí el que quita los pecados del mundo*? Sin duda se le puede negar, porque todo se puede: Pueden los hombres excluirle de lo que llaman su religion; pero su lugar queda vacío, y bien pronto se forma en él un precipicio donde todas las verdades se hunden.

Se creia generalmente que el *Deseado de las naciones* seria Dios, y hombre: misterio impenetrable antes de su cumplimiento, y que nadie sino el *Hombre-Dios* explica por sus verdades reveladas. La distincion de las divinas personas, la Trinidad, la Encarnacion*, todos estos dogmas cristianos son, para decirlo así, la expansion del

* *Tunc dixi: Ecce venio.* Ps. XXXIX, 8.

** *Ecce qui tollit peccata mundi.* JOANN., I, 29.

*** *In mundo erat, et mundus per ipsum factus est, et mundus eum non cognovit. In propria venit, et sui eum non receperunt. Quotquot autem receperunt eum, dedit eis potestatem filios Dei fieri, his qui credunt in nomine ejus.* JOANN., I, 10-12.

* Porfirio confiesa la posibilidad de la encarnacion del Verbo. Véase *Alnetan. Quæst.*, lib. II, cap. XII, p. 233.

dogma antiguo donde estaban *ocultos*¹, según la expresión de un santo Doctor. El negarlos es negar no solo la fe universal, es cortar la raíz de toda creencia; porque nótese bien que si Jesucristo no es el Redentor, á quien aguardaba el mundo entero, no ha habido Redención; si Jesucristo no es hombre y si no es Dios, si *el Verbo no se hizo carne y no habitó entre nosotros*², todos los pueblos han sido el juguete de la mentira por cuarenta siglos. Si no hay en Dios tres personas en una sola naturaleza; si el Padre, el Hijo, el Espíritu Santo en cuyo nombre Jesucristo mandó á sus Apóstoles bautizasen, y enseñasen á todas las naciones, no son tres personas iguales y distintas, si el Espíritu divino que había él prometido á sus discípulos, no vino á *renovar la tierra*. Jesucristo es un impostor. Entonces no hay Redención; luego la religión primitiva, fundada sobre esta futura Redención, era falsa. En-

¹ *Antè Christi adventum fides Trinitatis erat occultata in fide majorum; sed per Christum manifestata est mundo, et per Apostolos.* S. THOM., 2. 2. *Quæst. II, art. 8.*

² *Et Verbum caro factum est, et habitavit in nobis.* JOANN., I, 14.

tonces el género humano se engañó perpetuamente acerca de lo que le importaba más saber; con que nada se puede admitir como cierto, apoyándose sobre su testimonio: luego nada nos queda sino una duda general; y supuesta la persuasión íntima de la corrupción de nuestra naturaleza, una pena sin consuelo, y una desesperación irremediable.

Este es el abismo, en que cae necesariamente, quien desecha un solo punto de la doctrina cristiana. Y ¿qué ofrece ella, que no tenga el carácter de santidad esencial de la verdadera Religión? ¿Qué manda creer? Un Dios santo por esencia, y tres personas, eternamente subsistentes en este Dios único. El Padre criando todo lo que existe, por su Verbo; el Hijo rescatando por medio de un sacrificio inefable, al género humano condenado; el Espíritu Santo concurriendo por la infusión de su gracia, á la santificación del hombre rescatado. Preguntamos otra vez al mismo incrédulo: ¿Qué hay en esta doctrina, que no sea digno de la santidad de Dios, siendo ella la manifestación de su poder, verdad, justicia y misericordia infinita? « Amó Dios al mundo has-

« ta el punto de darle su Hijo unigénito, para que
 « todo el que crea en él no perezca, sino que
 « tenga la vida eterna. Porque no envió Dios su
 « Hijo al mundo, para juzgar al mundo, sino
 « para que el mundo se salve por él mismo ¹. »

¡ No se ve en estas solas palabras la suma de toda la religion, la substancia de la fe antigua, y el cumplimiento de las esperanzas de este mundo, que vino Jesucristo á salvar!

« El que cree en él no es juzgado; pero el que
 « no cree, ya está juzgado, porque no cree en
 « el nombre del Hijo unigénito de Dios ². »

¿ Y por qué juzgado? ¡ ó Cristo, *Hijo de Dios vivo!* Tal vez este desgraciado no ha podido reconocerlos. ¿ El error involuntario es un crimen ante vos? ¿ Castigais en el justo la flaqueza de

¹ *Sic enim Deus dilexit mundum, ut filium suum unigenitum daret; ut omnis qui credit in eum, non pereat, sed habeat vitam æternam. Non enim misit Deus Filium suum in mundum, ut judicet mundum, sed ut salvetur mundus per ipsum.* JOANN., III, 16 y 17.

² *Qui credit in eum, non judicatur; qui autem non credit jam judicatus est: quia non credit in nomine unigeniti Filii Dei.* JOANN., III, 18.

su entendimiento, como castigais en el malo la corrupcion del corazon? ¡ La fe depende de nosotros! ¿ Puede creer el desgraciado que no cree? ¿ Y por qué causa está ya juzgado?

« Mas este es el juicio: porque vino la luz al
 « mundo, y los hombres *preferieron* á ella las tinieblas, pues que sus obras eran malas. Todo
 « el que obra mal, ciertamente aborrece la luz,
 « y no se acerca á la luz, para que no se le
 « prendan sus obras. El que obra *con arreglo* á
 « la verdad, obra en la luz, para que se vean sus
 « obras como hechas segun Dios ¹. »

Entiéndase pues que la luz se ofrece á la vista de todos, y que escogiendo las tinieblas, libremente se desprecia el don divino por un uso criminal de la voluntad, resuelta á fijarse en el mal. Niégase la verdad, la santidad de la doctrina, en razon de la santidad que impone ella en los de-

¹ *Hoc est autem judicium: quia lux venit in mundum, et dilexerunt homines magis tenebras, quàm lucem; erant enim eorum mala opera. Omnis enim qui malè agit, odit lucem, et non venit ad lucem, ut non arguantur opera ejus: qui autem facit veritatem, venit ad lucem, ut manifestentur opera ejus, quia in Deo sunt facta.* JOANN., III, 19 y 21.

beres. ¿Quién no sería cristiano si el Cristianismo permitiera vivir á cada uno segun sus deseos? Dúdase porque se quiere dudar; se duda, porque el entendimiento está de acuerdo secretamente con las pasiones, y se les vende por un vil precio la verdad que finge apetecer, como el asesino* entregó la Verdad viva.

La moral evangélica espanta la molicie y consterna la naturaleza humana degradada. Los hijos de Adán bajo el yugo de sus vicios la contemplan¹, y se admiran de ella temerosos. Subyúgalos su hermosura, pureza y santidad. Todos tributan homenajes á su perfeccion, y cuando se apartan de lo que prescribe ella, vencidos aun por ella, costaría menos condenarse á sí mismos que acusarla. La conciencia universal reconoce en ella mas por extenso los preceptos de justicia, promulgados desde el origen. Penetra hasta el corazon la ley que regulaba las acciones, para regular los movimientos mas imperceptibles. Es de

* Judas, de sobrenombre *Iscariotes*, ó el hombre asesino. *viz occisionis.*

¹ *Jugum grave super filios Adam.* *Eccles.*, XI. 4.

un orden superior todo lo que ella ordena, prohíbe, aconseja; todo anuncia un estado de superior elevacion, en que, restituido el hombre á la inocencia, es llamado por su Salvador, en quien vé su modelo. Se siente uno arrebatado por algo celeste al leer el Evangelio tan sencillo como divino. No creo exista un ser humano, que pueda en ese tiempo cometer una accion mala. Es necesario se borre antes la impresion que le hizo; es preciso que la palabra de gracia, de verdad, cuyo embeleso indefinible suspendió al poder del mal, deje de discurrir en su alma conmovida.

« Amarás á tu Dios con todo tu corazon, y con
« toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con
« todo tu entendimiento; este es el primero y
« principal mandamiento. El segundo es pareci-
« do á él : Amarás á tu próximo como á tí mis-
« mo. De estos dos mandamientos pende toda la
« ley y los Profetas¹. »

¹ *Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, et ex totâ animâ tuâ, et ex omnibus viribus tuis, et ex omni mente tuâ.* (LUC., X, 27.) — *Hoc est maximum, et primum mandatum. Secundum autem simile est huic : diliges proximum*

Contienen por cierto la justicia y la caridad, que es la perfeccion de la justicia. No hay un solo deber que de aquí no proceda. Es igualmente imposible añadir ni quitar algo; y cumpliéndolos, llega el hombre hasta venir á ser semejante á Dios, en cuanto es posible lo sea. La fe santifica su entendimiento, haciendo sus pensamientos conformes á los divinos¹. El amor santifica su corazon colmándole de sentimientos tales, cuales son los que Dios tiene para consigo mismo² y con los seres por él criados; y segun esto se explica este precepto, hasta entonces incomprendible: « Sed perfectos como vuestro Padre celestial lo es³. »

¿Quién otro que Jesucristo usó de tal lengua-
ge? ¿Qué es lo que puede compararse á sus

tuum sicut te ipsum..... In his duobus mandatis universa Lex pendet, et Propheta. MATTH., XXII, 58, 59 y 40.

¹ *Sanctifica eos in veritate. Sermo tuus veritas est... Et pro eis ego sanctifico meipsum; ut sint et ipsi sanctificati in veritate. JOANN., XVII, 17 y 19.*

² *El notum feci eis nomen tuum, et notum faciam; ut dilectio, quã dilexisti me, in ipsis sit, et ego in ipsis. Ibid., 26.*

³ *Estote ergo vos perfecti, sicut et Pater vester cœlestis perfectus est. MATTH., V, 48.*

enseñanzas? Buscad, examinad; decidnos que es lo que falta, ó lo que puede reformarse. Diez y ocho siglos hace que los pueblos las oyeron por la primera vez: filósofos tan orgullosos con vuestra razon, puesto que alabais con tanta pompa los progresos de la sabiduría, mostradnos las perfecciones que á ella debe la regla de las costumbres. ¡Callais! Muy bien. Rousseau responderá por vosotros.

« No sé porque se quiere atribuir á los progresos de la filosofia la bella moral de nuestros Libros. Esta moral, sacada del Evangelio, era cristiana antes de ser filosófica... los preceptos de Platon son muchas veces muy sublimes; ¿pero cuánto no yerra algunas otras? ¿y hasta dónde no van sus errores?... El Evangelio solo es, quanto á la moral, siempre seguro, siempre verdadero, siempre único y siempre parecido á sí mismo. »

Suponed abolida la moral cristiana, entonces ya no hay sociedad, ni familia, ni leyes, reina-

¹ *Lettres écrites de la Montagne, III^e lettre, p. 86 y 87. not. Paris, 1795.*